

Ciencia-ficción y calidad literaria

He aquí un buen libro de ciencia-ficción: nos lo ofrece «Novelas y cuentos», en una colección antológica sobre el género, y su autor, Frederik Polh, es uno de los creadores más fecundos. El libro —«Corrientes alternas»— ha de ser bien recibido por los ya muchos seguidores de la «fanta-ciencia», que



ya tiene entre nosotros una amplia gama de cultivadores, que se extiende desde Ibáñez Serrador hasta Juan José Plans, este último en dedicación plena y perseverante, tanto como teórico como creador.

Cincuenta títulos cuenta Polh en su haber, a pesar de su relativa juventud —nació en 1919—, de los cuales cuarenta pueden ser clasificados dentro del género aludido. En 1964 recibió, en California, en un Congreso Mundial de Ciencia-Ficción, el premio «Invisible Little Man». En este momento dirige tres revistas consagradas especialmente a esta difícil faceta literaria. Para Kingsley Amis, uno de sus principales teóricos, Polh es el escritor «más capaz y consistente» dentro del campo de la ciencia-ficción.

¿Cómo expresar su concepción del género? Digamos, en seguida, que en él alcanza una singular altura en punto a la calidad literaria. Hay en sus narraciones valores permanentes no específicos de esta corriente, una noción eminentemente estética de su arte, un gran talento de escritor puro, no albergado bajo fórmulas confortables. Hay también en algunos escritos una fuerte dosis, rigurosamente aplicada, de humor e ironía, y asimismo de sátira. Queremos, pues, decir, que la elevada consideración de que goza es absolutamente merecida. Debemos celebrar esta entrada suya en el campo de la cultura española. ■ E. G. R.

ECONOMISTAS ESPAÑOLES

XXV aniversario de la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas

Hace sólo unos días se ha cumplido el XXV aniversario de la fundación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid. En efecto, el 15 de febrero de 1943 abrió sus puertas el parvulario de la vieja Universidad de San Bernardo a más de mil universitarios que comenzaban entonces los estudios de esta nueva disciplina científica. Tres años más tarde, unos pocos de entre ellos integrarían la primera promoción de economistas; los primeros premios extraordinarios fueron para los estudiantes J. L. Sampedro y J. Fraga Iribarne. Así, en medio de un ambiente en el que se conjugaba un generalizado escepticismo con una cierta expectación, haría su aparición en las difíciles circunstancias de la sociedad española de los años cuarenta un grupo de profesionales que, sin dejar nunca de suscitar numerosas polémicas, han contribuido de manera notable a romper algunos de los viejos y tradicionales moldes en que descansaba la sociedad española, así como a imprimir un mayor dinamismo a ciertos sectores industriales y una nueva dosis de racionalidad en las decisiones económicas. Sin embargo, como es lógico, su simple presencia en esta sociedad no ha bastado para llevar a cabo la transformación de algunas de las más retrógradas estructuras productivas del país, transformación que sólo será posible con el concurso de otras fuerzas y sectores sociales.

Desde entonces, y a lo largo de los últimos veinticinco años, nuevas y más numerosas promociones de licenciados en Ciencias Políticas y Económicas han incidido sobre el panorama profesional y científico del país. En total, en la Facultad de Madrid —conjuntamente con la de Barcelona y Bilbao— se han matriculado en este período ciento veintinueve mil ciento sesenta y cuatro estudiantes. De ellos, sólo 3.901 han obtenido el título de licenciado, lo que supone un porcentaje de sólo el 2,9 por ciento, que resulta ser el más bajo de

todos los centros universitarios (por ejemplo, esa relación entre licenciados y alumnos matriculados es en la Facultad de Derecho de un 8,6 por 100; en la de Medicina, de un 8,5 por 100; en la de Filosofía y Letras, de un 11,8 por ciento; en la de Farmacia, de un 7,7 por ciento; en la Escuela de Ingenieros de Caminos, de un 6,7 por 100; en la de Ingenieros Industriales, de un 5,9 por ciento; etcétera, etcétera.

Otra de las notas que ha caracterizado, en términos cuantitativos, a la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas es el elevado número de alumnos por profesor, muy por encima de la media de otras Facultades, lo que supone unas deplorables condiciones de trabajo, que, incluso, se han agravado después de 1964, a pesar de contar ya la Facultad con nuevas —aunque no modernas— instalaciones materiales en la Ciudad Universitaria.

Ror otra parte, el Plan básico de los estudios de esta Facultad ha ido progresivamente desfasándose de las necesidades reales, en la medida en que no ha habido una correspondencia entre la orientación y la selección de las diversas materias y los cambios que se han producido en el ámbito científico, en el técnico, etc., etc. Las secciones de Política y Economía se han desarrollado sin un sentido de complementariedad. Se ha recaído con exceso en esquemas teóricos incapaces de comprender y explicar la realidad actual. Se ha prestado una mínima atención a aspectos doctrinales y técnicos de la economía y de la política, que tienen, sin embargo, hoy una vigencia y actualidad enormemente significativas. Sólo en algunos momentos el esfuerzo personal y aislado de algunos profesores ha logrado paliar, en parte, las lagunas existentes. En cualquier caso, cada día se hace más necesaria una reforma del plan de estudios de ambas secciones que haga posible un mejor servicio de estos profesionales a los intereses de la comunidad y a las exigencias, cada día más urgentes, en materia científica.

Desde su creación, la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas ha contado con algunos de los más prestigiosos estudiosos españoles de las últimas décadas. Estuvieron presentes en los primeros años los profesores L. Olariaga, M. De Torres, V. Andrés Álvarez, etc. Después, progresivamente, se han ido incorporando otros nombres al estamento docente de la Facultad; así, entre otros, cabe destacar los de E. Fuentes Quintana, J. L. Sampedro, A. Truvel, J. A. Maravall, R. Uria, J. Velarde, L. A. Rojo, G. Anés, etc., etcétera. Junto a ellos, la Facultad ha contado con uno de los mejores cuadros de profesores no numerarios de la Universidad española. Sobre éstos ha recaído gran parte de la labor docente e investigadora, a pesar de las difíciles condiciones económicas (ínfima cuantía de las remuneraciones, inseguridad y retrasos en los plazos de percepción, etc.) y de todo tipo en que se desenvuelve su actividad. En este contexto ha sido siempre especialmente valiosa la colaboración prestada por el elemento discente, en un esfuerzo común por superar las deficiencias materiales y académicas y por profundi-

zar cada vez más en el conocimiento de los mecanismos que predominan en la sociedad y que definen el sistema vigente.

Por último, cabe señalar cómo la conmemoración del XXV aniversario de la iniciación de los estudios de Economía han servido para replantear cuál es la labor y la verdadera misión del economista en esta sociedad española. Desde identificar los males de esta sociedad y sus desequilibrios económicos con esta «nueva secta de economistas», hasta otorgarle un papel de simple canchero al servicio de unos determinados intereses, la función del economista ha sido ampliamente discutida. Frente a esquemáticas posiciones, que con gran ligereza desvirtúan y menosprecian, de hecho, las posibilidades de estos nuevos profesionales, las últimas promociones de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas son cada vez más conscientes de que su función social primordial no consiste exclusivamente en apuntalar el sistema, sino en colaborar activamente en la transformación de la sociedad actual. Los cambios que habrán de producirse en los próximos años vendrán a confirmar esta hipótesis. ■ A. L. M.

UN ESPERPENTO A LA ITALIANA

Las taras de una sociedad



Sería muy fácil minimizar el sentido profundo de «I Pagni in Tasca», asegurando que esa familia tarada resulta insólitamente excepcional. Y como sería fácil, gran parte de la crítica ha respondido a la tentación, lavándose las manos y certificando la excepcionalidad de una familia y, por tanto, la particularidad de un significado. Pero es sorprendente que una sensibilidad cultural como la nuestra, en la que la huella esperpéntica tiene tan antiguas y hondas resonancias, no se sienta conmovida por estos puñetazos de Bellocchio, reprimidos en los bolsillos pero, afortunadamente, disparados al fin a las vivencias más inmediatas del espectador.

Señalar la estructura de esperpento de este film italiano me parece una primera aproximación, válida para encuadrar su cobertura estilística, que condiciona ese paroxismo dramático e ideológico. Pero el esperpento no deforma la realidad —no la encubre, al menos—, sino que subraya los perfiles más grotescos de unos hábitos que se

hacen pasar por honorables. Así, esa familia aparentemente insólita significa, con enorme precisión, las taras de una sociedad, de una educación, de unas instituciones, de unas costumbres. El tabú convertido en norma representa, para una mirada lúcida, algo tan monstruoso, tan degradante, tan alienador, que no es nada extraño verlo expresado —por la misma consciencia lúcida— a través de una deformidad física...

A partir de esta consideración, el hecho particular se transforma automáticamente en general: la madre ciega, la hermana hipocondríaca, el hermano epiléptico son aspectos fugaces, pero definitorios, de una institución tenida por estable; la vieja casa de campo, con sus viejos recuerdos —banderas, fotografías de los antepasados, revistas gráficas...—, constituye el escenario adecuado en el que esa familia —signo de tantas otras— evoluciona, torpe e inexorablemente, camino de su destrucción.

«Hemos nacido —escribe Bellocchio

art buchwald

FABRICANTES DE ANSIEDAD

WASHINGTON.—¿Se le ha ocurrido a usted alguna vez por qué los periódicos, la radio y la televisión están saltando siempre de una crisis a otra con sus noticias? Usted podría pensar que tiene algo que ver con las noticias propiamente, pero estaría equivocado.

Todas las informaciones al respecto están controladas en Estados Unidos por una organización llamada "Consejo para el progreso de las ansiedades". El otro día visité su cuartel general, que está en una casa de piedra parda, sin número, en las afueras de Princeton y, con gran sorpresa por mi parte, el secretario ejecutivo se mostró de acuerdo en recibirme. Me dijo:

—Esta organización fue fundada justamente después de la segunda guerra mundial, cuando descubrimos que la gente se estaba confiando demasiado y se mostraba muy apática por los sucesos mundiales. Llegamos a la conclusión de que teníamos que arreglar las noticias de tal modo que el público tuviera siempre algo de qué preocuparse.

—¿Cómo lo hacen?

—Disponemos de un numeroso personal investigador buscando siempre nuevas crisis y temores para inquietar a la gente, cosa que probablemente ellos no pensarían nunca por sí mismos. El personal prepara el material y lo somete a una junta editorial, que se reúne cada mañana y decide qué historia puede causar más temores ese día. Ahora vamos a tener una reunión. Quédate y verá lo que ocurre.

Unos minutos después, doce hombres de cara solemne —cada uno con legajos entre sus manos— se sentaron alrededor de una mesa de conferencias. Yo me senté aparte, oyéndoles. El secretario dijo:

—Wellin, ¿qué tiene que informar usted?

—Señor, sé que la situación vietnamita ya no excita a la gente. Pero tal vez la ofensiva actual podría prepararla otra vez...

Un hombre llamado Simon se mostró en desacuerdo, diciendo:

—La gente está cansada ya de Vietnam. Ya nadie se preocupa por eso. Creo que debemos continuar con Berlín. Tiene cierta calidad atemorizadora, no sólo por miedo a los rusos y a los alemanes orientales, sino también debido a los estudiantes alemanes occidentales. Hablando de ansiedad, no se puede exigir una situación más revuelta.

Otro, Richman, dijo:

—¿Cree usted realmente que nadie se preocupa por Berlín? Opino que debemos seguir con la crisis de Oriente Medio. Eso es lo único que tiene el poder de quitar el sueño.

—Pero ya hemos tenido eso durante varios días. ¿Por qué no volvemos a los disturbios raciales? Este tema produce siempre ansiedad entre los norteamericanos —dijo un tal Kelchem.

Otro, Baker, movió la cabeza negativamente diciendo:

—No exageremos la cuestión racial. La necesitamos para un día malo. Creo que lo que debemos tratar es la revolución estudiantil, porque es de lo que menos entiende la gente. Tenemos fotografías muy buenas de Berkeley y de San Francisco, así como películas para televisión.

Repuso el secretario:

—Para ansiedad, nada mejor que una tempestad de nieve en Nueva York. ¿No tenemos nada así para el futuro?

—Hay un huracán formándose cerca de las Bahamas, pero es demasiado regional. La nación no se llena de ansiedad por lo que pueda ocurrir en Florida.

—¿Y qué me dice sobre De Gaulle?

—Es terrorífico, pero creo que necesitamos algo fresco. No le hemos ofrecido nada nuevo al público desde que los militares pidieron el sistema de defensa antibalístico.

Al terminar la reunión, le pregunté al secretario:

—Ya veo cómo trabajan ustedes, pero, ¿de dónde obtienen los fondos para su funcionamiento?

—Principalmente, estamos apoyados por los fabricantes de aspirinas y de drogas tranquilizantes. Pero, a veces, también obtenemos ayuda de la industria del alcohol...

(Copyright 1969, The Washington Post Co. — Distribuido por Editors Press Service Inc. New York — Agencia Zardoya.)

en un poema esclarecedor— en viejas casas destinadas a ser demolidas y hemos recibido la enseñanza en libros destinados a perecer». Estos versos parecen un borrador de «I Pugni in Tascas». Alessandro, el joven protagonista —extraordinariamente incorporado por el inquietante Lou Castel—, participa de esa morbosa provisionalidad de su entorno, de ese enfermizo desgaste de una institución. Lúcido hasta cierto punto, condicionado por taras semejantes a las de los restantes miembros de la familia, busca coartadas para su debilidad, «busca siempre justificaciones —aclara Bellocchio—, y cree encontrarlas atribuyendo su fuerza y su infortunio a sus padres, a su nacimiento, a su pasado». Para el autor, la epilepsia de Alessandro es, «sobre todo, el símbolo de esta especie de hipocresía de la adolescencia».

Hipócrita entre hipócritas, débil entre débiles, Alessandro posee, sin embargo, cierto coraje, capaz al menos de destruir los jirones enfermizos de una realidad desgarrada auténticamen-

te. Sus momentos de provisional lucidez los emplea para asaltar las formas más convencionales, pero profundas, de las estructuras que le encadenan, de las cuales se siente heredero y víctima, a su pesar.

Gracias al método esperpéntico, Bellocchio puede presentar estos aguafuertes familiares, en los que todo está puesto en tela de juicio. La escena inicial, la comida en familia, así como la secuencia en que los dos hermanos queman los muebles y recuerdos de la casa, adquieren proporciones tremendamente significativas, sugeridoras de las intenciones del autor. Ante estas dos escenas claves, en las que la línea del esperpento alcanza su expresividad más acusada, hay que reconocer el talento increíble de un muchacho de veintiséis años —la edad que tenía Bellocchio cuando realizó la película—, capaz de sobrepasar el mundo vivencial de toda primera obra para trazar este cuadro vasto y preciso de la descomposición de tantos valores establecidos. ■ J. G. D.

BRASIL SECRETO

Hombres y mujeres en la selva sin sol



«Dios y el diablo en la tierra del sol», sin duda, una de las tres o cuatro películas más importantes proyectadas en España durante el pasado año. Con ella se presentaba en nuestro país el «novo cinema» y su autor más significativo, Glauber Rocha, a quien se debe otra obra excepcional, «Terra em transe». Sin embargo, y como es frecuente en nuestro país, el éxito de «Dios y el diablo...» no sirvió para abrir las puertas a otras producciones brasileñas. «Os fuzis», de Rui Guerra, adquirida ya por una distribuidora, no acaba de pasar a la exhibición. No se había de nuevos títulos que permitan una visión de conjunto del más apasionante movimiento cinematográfico de los últimos años. «A falecida», de Leon Hirszman, segundo título estrenado, no es de lo mejor. Y, en consecuencia, un público mal informado sigue equiparando el cine brasileño a los lamentables productos de Marcel Camus, «Orfeo negro» y «Los bandeirantes».

En este estado de cosas acaba de estrenarse, sin apenas publicidad y en programa doble, como complemento de un film sin el más mínimo interés, «Fieras humanas», título español de «Selva trágica», de Roberto Farias. Realizado en 1964, el film es el segundo de su autor, que debutó con «O assalto ao trem pagador». En versión española pierde, evidentemente, parte de su atractivo, al estar la banda sonora poco

cuidada y ser el doblaje plano y «culto», cuando tenía que haber sido eminentemente popular. Con todo, y pese al deficiente estado de la copia exhibida, se trata de un film extraordinario que, si no alcanza la excepcional calidad de «Dios y el diablo...» no le queda muy por debajo. Si el «sertão», el Nordeste, ha sido el escenario más utilizado por los hombres del «novo cinema», en esta ocasión Farias se va al Sur, a la selva del Matto Grosso, en su zona lindante con la frontera paraguaya. El medio en que transcurre la acción es el de los cultivadores de mate. Un medio donde se trabaja bestialmente, en régimen de explotación precapitalista, y en el que la violencia y el desprecio al individuo son la norma.

Pablo, un ladrón de mate, es capturado por la compañía y obligado a pagar con su trabajo lo robado. Le acompaña un viejo, Pyta, y una muchacha, Flora, únicos supervivientes de la batalla en que se les dio caza. La película cuenta, paralelamente y en estrecha dependencia, las penalidades del trabajo en la plantación y la historia de amor de Pablo y Flora, una de las más bellas y trágicas que jamás nos haya mostrado el cine. Película cruel, trágica, «Fieras humanas» es también, en determinados momentos, de un exacerbado romanticismo, pero de un romanticismo que nada tiene que ver con el